

Su misterioso amor

por HERBERT RAWLINSON



BIBLIOTECA TREBOL

N.º 72

Publicación semanal **PRECIO: 25 CÉNTS.**

HILL, Robert F.

BIBLIOTECA TRÉBOL

Su misterioso amor

(HIS MYSTERY GIRL, 1923)
Versión literaria de la película de igual título,
interpretada por el gran astro de la pantalla

HERBERT RAWLINSON

por

CRÍSPULO GOTARREDONA

Exclusiva

HISPANO AMERICAN FILMS

Calle Valencia, 233 :: Barcelona



REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
PARÍS, 204 - BARCELONA

SU MISTERIOSO AMOR

Y también los temas de la película de igual título
interpretados por el gran actor de la pantalla

HERBERT RAWLINSON

CRISTINO GOTARRIDON

Exclusiva
HISPANO AMERICAN FILMS
Calle Valencia 233 :: Barcelona



TIPOGRAFÍA LA ACADEMICA ::
HEREDEROS DE SERRA Y RUSSELL
CALLE ENRIQUE GRANADOS, 112
BARCELONA :: TELÉFONO 6-104 :: BARCELONA ::

SU MISTERIOSO AMOR

PRINCIPALES INTÉRPRETES

Kerry Reynolds.....	<i>Herbert Rawlinson</i>
Gloria.....	<i>Ruth Dwyer</i>
Ricardo Reynolds.	<i>Ralph Fee</i>

I

Cierta vez, y va de cuento, ocurrió que un hombre, enemigo declarado de las mujeres, cayó bajo el poder magnético de unos hermosos ojos, y como consecuencia de esta debilidad, al poco tiempo ostentaba el título de marido.

Claro está que para ocurrir un cambio tan radical en las al principio arraigadas ideas de aquel hombre, hubieron de ocurrir las alternativas ordinarias inherentes a toda conquista amorosa. Lo más corriente en casos semejantes es que el papel de conquistador corra a cargo de *ella* y *él* tenga un papel meramente pasivo ; invertidos así los órdenes, la conquista, la reivindicación del sexo femenino es infalible,

porque ¿qué hombre, por mucha entereza y voluntad que tenga, se resiste no ya a una mirada insinuativa, sino a una provocadora sonrisa?

El protagonista de esta verdadera historia se llamaba Kerry Reynolds. Las características exteriores de aquel hombre hubieran sido las ordinarias a todo individuo que pueda ostentar con cierta exactitud el título de guapo y simpático, si su natural desidia y negligencia no hubiesen hecho de él un tipo abandonado en su aliño personal y hosco en su trato.

Ricardo Reynolds, su hermano, era todo lo contrario, y si pecaba en algo, era por el afán que ponía en gastar los dólares, la salud y el buen humor que por mitad correspondían a ambos hermanos.

No compartiendo Ricardo las austeras ideas de Kerry, trató de hacerle comprender el importante papel que representan las mujeres para la vida de todo hombre, pero estas consideraciones no tuvieron bastante poder persuasivo para que Kerry siguiese el consejo. Nadie recordaba haberle visto en unión de ninguna mujer. Por el contrario, iba solo a todas partes, y su semblante de hombre aburrido se ponía de todos los colores cuando una mujer fijaba sus ojos en él.

Relatar los sucesos que tan extraordinariamente alteraron el carácter de ese hombre singular resulta una cosa bastante divertida,

y para empezar diremos que una noche se reunieron muchos invitados, entre hombres y mujeres, en el chalet que servía de morada a los hermanos Reynolds. También debemos añadir que la fiesta había sido preparada bajo la exclusiva iniciativa de Ricardo, en ausencia de su hermano mayor.

El salón estaba verdaderamente animado y en general los semblantes de los invitados reflejaban la mayor alegría y el brillo particular que da a los ojos el uso de los licores cuando es un poco excesivo.

Los invitados estaban por demás locuaces y hasta un poco ocurentes con relación a su estado ordinario.

Durante una larga época, la de los miriñaques, poliones, faldas largas, etc., el hombre no podía distinguir si la mujer tenía el cuerpo de Venus o de guardia de corps, pero hoy, con las reducciones impuestas a la indumentaria femenina, un ciego habría distinguido que las damas concurrentes a la reunión tenían unas formas armónicas y depuradas, a juzgar por lo que dejaban ver los escotes.

— Bebamos nuestros selectos licores... Sólo un bombero puede decir que el agua es necesaria — exclamó Ricardo alzando la copa.

Todos bebieron entre la más franca alegría. Después dijo uno :

— Yo creo que si nos lavásemos con champaña nuestro aspecto sería más saludable.

— Ustedes dirán lo que quieran, pero en

ciertos casos, yo creo en la eficacia del agua — objetó otro.

— ¡Qué barbaridad! — exclamaron varios a un tiempo.

— ¡Fuera! ¡Fuera! — propusieron algunos.

El individuo cuya opinión se recibiera con tales denuestos, no se inmutó por eso y añadió con toda seriedad :

— He dicho que creo en la eficacia del agua y no me retracto. ¿Alguno de ustedes ignora las maravillosas cualidades del agua de Carabaña?

La cosa habría podido seguir así toda la noche, si la inesperada presencia de un nuevo personaje no hubiese venido a turbar la alegría general.

El recién llegado permaneció unos momentos en el umbral de la puerta y las impresiones que sacaría de aquello no serían del todo agradables por cuando, dirigiéndose a Ricardo, le dijo con alguna acritud :

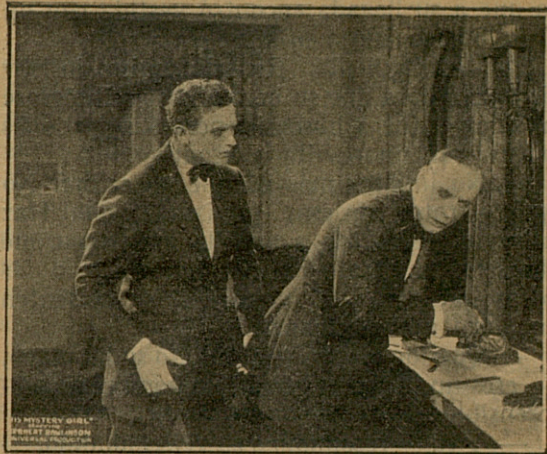
— ¿Puedo saber por qué aquella señorita se ha vestido con la ropa de una persona seria?

Al mismo tiempo, señalaba a una de las damas que para bailar con más propiedad se había puesto un traje del guardarropa de Kerry.

Ricardo le dió explicaciones y cortando toda posibilidad de discusión sobre aquel punto, le presentó a la concurrencia :

— Mi hermano Kerry...

Kerry estaba enfurecido, y sin hacer caso



...había sido substraído

de las palabras de su hermano que quería a todo trance retenerle en la fiesta, se dirigió a su habitación y se encerró en ella.

— ¿Cómo podré trabajar con un escándalo semejante? — pensaba un cuarto de hora después, enfurecido por el ruido que venía del salón.

No conviene explicar los motivos en virtud de los cuales el objeto de aquella fiesta era exclusivamente para retener a Kerry entre las damas y en particular ponerle en relación con una personita bastante interesante :

la que a su llegada encontró vestida con un traje inadecuado a su sexo.

Por consiguiente, Ricardo quiso insistir de nuevo para que su hermano se reintegrara al salón y fué a buscarle, pero sus gestiones obtuvieron un resultado negativo.

— No insistas más porque no saldré. No quiero tratos con esas... amistades. ¡Ah! Haz el favor de decirle a aquella mujer que me devuelva mi traje inmediatamente y a las otras que otra vez, al menos, se presenten un poco más abrigadas.

— Querido Kerry, — le objetó su hermano, — eres un pobre puritano, un hombre incomprensible...

— Y tú — respondió a su vez el aludido, — como sigas por ese camino, pronto darás fin a tu dinero.

— No pienses cosas trágicas — comentó Ricardo, añadiendo : — Ven afuera y te animarás un poco.

Por mucho que Ricardo insistiera no pudo convencer a su hermano de lo agradables que resultan las reuniones de sociedad, llamándole, en vista de eso, ogro, hombre insociable y loco.

Desanimados por el fracaso de las gestiones llevadas a cabo por Ricardo, los invitados fueron desfilando y media hora después no quedaban en el salón más que los residuos de las libaciones... unas cuantas botellas vacías.

Todavía brillaba la luz en el cuarto de Kerry y Ricardo creyó prudente intentar un nuevo asalto, pues se había hecho el propósito de casar a su hermano antes de que finiese el año y no quería darse por vencido.

— Deseo que hablemos seriamente, Kerry. Tu estado ya empieza a inquietarme y considero como un caso de conciencia poner los medios para salvarte.

— No comprendo lo que quieres decir — exclamó Kerry.

— Es muy sencillo : tú trabajas demasiado y no te diviertes. La oficina absorbe enteramente tus energías. Así no vas a conseguir más que ir a parar a una clínica. Te hablo en serio, Kerry. Como no cambies, ya me veo con chistera y guantes negros recibiendo el pésame de mis amigos. Cada día estás más demacrado y neurasténico.

— ¿Pero qué debo hacer, Ricardo? — objetó.

— Lo menos lo menos que puede hacer una persona decente cuando se encuentra al borde de la neurastenia, es casarse.

II

A partir de la noche en que Ricardo le hiciera semejantes observaciones, Kerry empezó a pensar en la conveniencia de hacer un cambio de vida.

Una mano misteriosa se encargó de ordenar una serie de circunstancias que por momentos iban acercándole hacia las gradas del altar. Y los hechos ocurrieron de la manera siguiente:

Que Kerry se prestó de una manera inconsciente a la conspiración que se tramaba a su alrededor, no cabe duda. Su secretaria observó que no hacía más que sacar la lengua ante un espejo como aquel que se encuentra enfermo y examina el estado de su estómago.

Lo peor del caso es que esto intrigó mucho a la secretaria, pues menudeaban por parte de Kerry preguntas como ésta :

— ¿Qué le parezco a usted, señorita?

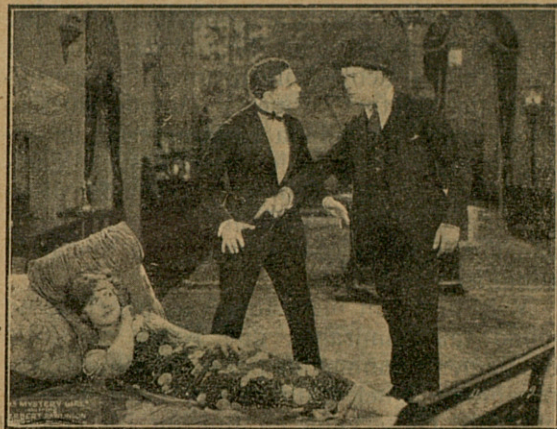
La interrogada interpretó mal el sentido de aquellas enigmáticas preguntas y empezó a acariciar ciertas remotas esperanzas. Hombre alguno jamás había pedido semejantes opiniones en sus treinta y ocho años de soltería. Bien es verdad que la fealdad de la secretaria no era a propósito para inspirar a nadie semejantes confidencias. Este era mayor motivo para que ella respondiese tratando, sin conseguirlo, de acompañar con la frase una encantadora sonrisa :

— Está usted divinamente, señor Reynolds.

— ¿De modo que me encuentra usted bien?

Cierto día, como ya durasen demasiado estás enigmáticas preguntas, la secretaria hubo de responder :

— Después de la opinión que he exteriorizado a usted acerca de sus cualidades fi-



¿Y desde cuándo están ustedes arrastrando mi nombre?

sicas, ya sería hora de que se entrevistase usted con mi padre.

Entonces comprendió claramente la errónea interpretación que habían hallado sus palabras y le hizo muy poca gracia el que una mujer como aquella se hubiese enamorado de él.

En cambio, todos sus amigos, aleccionados por Ricardo, le hallaban pálido y piadosamente le recomendaban que se hiciese ver por un médico.

— Quiero que te cures de veras — le dijo un día su hermano. — He telefoneado al doctor Torme y a las tres te espera en su casa.

Estaba todo previsto; estaba previsto que la farsa preparada por Ricardo para curar a su hermano debía comenzar en el consultorio del doctor Torme, y cuando nuestro joven amigo se hallaba en la antesala aguardando a que el doctor le hiciera pasar al gabinete, se presentó Gloria, aventajada discípula de una escuela de arte dramático que en aquella farsa era la que debía iniciar la conquista de Kerry.

Y lo hizo tan bien, fingió su papel de un modo tan admirable, que Kerry se sintió hondamente conmovido por el dolor que transparentaba aquel semblante patético, que no obstante conservaba en función las gracias peculiares de una belleza perfecta: rostro oval, cutis ligeramente moreno, ojos negros y labios rojos.

— ¡Doctor, doctor! ¡Déme algo pronto! ¡Por Dios se lo pido! — exclamó la infeliz mujer cayendo en brazos de Kerry.

Iba él a replicar que sufría una confusión, que él no era el médico, sino un paciente que asistía a su consulta, pero la presión de aquellos brazos ebúrneos y el suave roce de aquel cuerpo magnífico que indolentemente inclinaba la hermosa cabeza sobre su pecho, y al respirar el perfume del cabello cuyos juguetones rizos le hacían cosquillas en el cuello, sintióse de tal manera turbado, que perdió el uso de la voz y habría perdido el de las demás facultades si en aquel momento no se hubiese

abierto la puerta que comunicaba con el gabinete y apareciera el doctor en persona.

— Señorita... señorita... yo no soy el doctor. ¿Entiende? — tartamudeó Kerry.

El primer ataque había salido con éxito. Gloria se fué desprendiendo de la presión de aquellos brazos que todavía la retenían contra el agitado pecho.

— Atiéndala a ella primero, doctor. Parece que está grave... — fué lo que dijo Kerry al galeno.

Después de una no muy larga consulta en el gabinete contiguo, la desconocida volvió a salir y entre ambos se cruzaron dos significativas miradas.

Poco después, el doctor explicaba a Kerry cuando éste le interrogó discretamente sobre el particular:

— Es una pobre mujer que sufre terribles disgustos a consecuencia del carácter insoportable de su marido. No necesita otra cosa que cordialidad, paz, simpatía...

— ¡Oh! ¡Si yo pudiese proporcionarle esa cordialidad y paz que necesita!... — pensaba Kerry.

— En cuanto a usted — añadió el doctor después de examinarle detenidamente — le recetaré un tónico. Inmediatamente debe usted cambiar de régimen de vida, comer siempre en restaurants de buen tono, etc., etc.

Casi con la misma precipitación que se produjeron aquellos sucesos, el carácter de Kerry

cambió. Su hermano admirábase de semejante metamorfosis cuando sorprendía al paciente atendiendo con desusada preocupación el cuidado de su persona. Las ideas de Kerry habían llegado a la conclusión de que si algo vale la pena de gozarse con fruición es el amor y buscaba como un loco por toda la ciudad a la mujer que tanto le impresionara para ofrecerle su caballeresca protección contra el imbécil marido que no sabía estimar el tesoro que tenía en su casa.

Y así pasaron los días, hasta que uno de ellos el destino, o la premeditada intervención de Roberto, encaminó a Gloria y a Kerry a un salón de te del Hotel Royal. Y aconteció que esta vez la joven no iba sola, sino acompañada de una respetable señora que al parecer sería su madre; y también aconteció que Kerry estaba turbado como un colegial y no podía exteriorizar el grado de su admiración más que con unas miradas incendiarias que llamaron la atención de la dama, la cual, con tal motivo, se puso muy nerviosa.

Mientras tanto, en un ángulo del salón, dos personajes sostenían este diálogo:

— Por orden superior estoy visitando todos los hoteles, Jim. Hay confidencias de que el célebre ladrón Taxado ha llegado a esta ciudad.

— ¿Tienes ahí la ficha? — inquirió su interlocutor.

— No. Jamás pudo ser fichado, pero un

inspector ha dicho que tiene el cabello rizado, ojos azules, y su especialidad es robar a las mujeres.

En llegando el diálogo a este punto, el nombrado Jim observó a Kerry y exteriorizó su sospecha de que aquel individuo tenía « mala pinta ».

Por otro lado, la madre de Gloria, o la que hacía sus veces, llegó a cansarse de las insistentes miradas que el joven adorador dirigía a su hija y cogiéndola del brazo se la llevó hacia fuera.

¿Fué a propósito? ¿Fué impensadamente que Gloria se dejó olvidado el bolso encima del sofá? Se ignora. Sólo se sabe que Kerry consideró llegada la ocasión de acercarse a la joven y cogiendo el bolso salió tras ellas, pero por otra puerta.

Segundos después volvían las supuestas madre e hija a recuperar el objeto olvidado, a propósito o impensadamente, y notaron su falta.

— El hombre que estaba sentado en este sillón acaba de robar el bolso de mi hija — dijo la señora al policía que en el acto salió en persecución del ratero.

Kerry ya se había encontrado con su hermano que casualmente pasaba con su auto y acomodándose a su lado, le dijo en cuanto el vehículo se puso en marcha:

— ¡Querido hermano! Te participo que al fin hallé la mujer soñada. Acabo de verla en

el hotel. Por cierto que se dejó olvidado este bolso y por más que me he apresurado no he podido encontrarla.

Ricardo esbozó una sonrisa maliciosa:

— Tú serás un *castigador*, Kerry. ¡Hallas una mujer y a la segunda vez de verla te quedas con su dinero!

— Por lo que veo, — añadió Ricardo después de una pausa, — ya no *las* odias. De todas maneras eres un poco incauto: ándate con cuidado.

— Ella es mi tipo — replicó Kerry entusiasmado. — Es un ángel... tan bella... ¡y tan desgraciada!

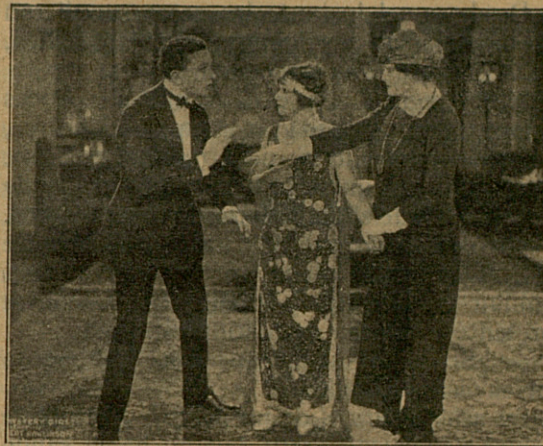
— Escucha mi consejo: — objetó Ricardo. — ¡El candor de una muchacha soltera está en proporción directa con el espesor de sus medias!

— ¡Sus ojos quiero que veas y no sus medias! — exclamó Kerry.

Y después de decir una frase tan poética como ésta, el dichoso enamorado dedicó un profundo suspiro al recuerdo de su amada.

III

En todo drama moderno, no debe olvidarse la sección de anuncios de la prensa. Haciendo estas consideraciones, Kerry pudo leer al ojear los anuncios de los periódicos del día siguiente, un anuncio que decía así:



...tenía que vérselas con un enemigo más peligroso...

« Si el caballero que se encontró ayer en el Hotel Royal el bolso de una dama lo devuelve al número 59 de la calle de Glenmore, será recompensado. »

Después de leer esto, Kerry se trasladó inmediatamente a casa de Gloria.

— Estaba segura de que vendría. Sabía que era usted un hombre honrado — dijo la joven.

Kerry agradeció que tuviera formado de él tan buen concepto y hablaron unos momentos de cosas triviales. Cuando llegó el de devolver el objeto reclamado, resultó que Kerry se lo había dejado en casa.

Desde aquel instante las cosas sucedieron de una manera vertiginosa, cinematográfica, para emplear una expresión exacta.

Kerry regresó a su casa en un taxi. Pocos minutos después, con gran estupefacción suya, se presentaba Gloria, para recoger el bolso, pero resultaba que éste había sido substraído del sitio donde el día anterior lo dejara Kerry.

Un drama no culmina hasta que aparece el traidor; esto estaba previsto por quienes habían urdido aquel enredo. El traidor se presentó en forma de marido ultrajado:

— ¿Se puede saber qué hace mi esposa en su casa, caballero?

Su aspecto era el de un hombre que quiere tomar venganza. Kerry, que no había salido de su asombro, temía por su seguridad personal, y en previsión de lo que pudiera ocurrir inició una discreta retirada. Gloria lo notó y le gritó con actitud suplicante:

— ¡No me deje usted sola con él! ¡Sería capaz de matarme!

Ella fué la que contuvo al marido en el momento en que trató de arrojarle sobre el amedrentado Kerry.

— No le haga daño. ¡Soy yo la culpable!

— ¿Y desde cuándo están ustedes arrasando mi nombre por el fango? — preguntó el iracundo marido.

Kerry se creyó en el caso de intervenir para dejar bien situada su posición, y dijo:

— ¡Yo jamás engañé a nadie!

— ¡Ah, mujer pérfida! — exclamó el otro volviéndose hacia Gloria. — ¡Yo te obligaré a decir la verdad y luego a él ¡le mataré!

No sabemos hasta dónde habrían llegado las amenazas de aquel hombre, si no se hubiese presentado la señora que el día anterior acompañaba a Gloria. Ante su presencia, aquel individuo se tranquilizó en el acto.

— ¡Deje usted a mi hija en paz y márchese ahora mismo! — le ordenó con voz autoritaria la recién llegada.

— ¡Está bien, mamá! — respondió el yerno humildemente, y antes de obedecer volviéndose hacia Kerry y le amenazó con estas palabras: — ¡No hay hombre en el mundo que viva después de vilipendiarme!

Al quedar libres de la presencia de aquel hombre, Kerry creyó haberse quitado un gran peso de encima, pero no contaba con que tenía que vérselas con un enemigo más peligroso, y lo primero que hizo este enemigo peligroso fué reclamar el monedero, negándose a admitir ni como simple suposición siquiera la explicación que dió Kerry de que lo había perdido. Entonces se puso furiosa y después de anunciarle en términos poco conciliadores que se iba a buscar a la policía, se marchó llevándose a la hija. Fué un consuelo, un saludable lenitivo para su dolor, el par de besos que Gloria le envió antes de que su madre se la llevase.

Y Kerry, angustiado, pasó unas cuantas

horas terribles, creyéndose ver de un momento a otro con una esposa... en cada mano y en el coche celular.

Solamente la seguridad de que Gloria le amaba le daba ánimos para resistir todas aquellas contrariedades. Por ella se consideraba capaz de afrontarlo todo y resistir hasta el último momento.

Así es que cuando al día siguiente le entregaron un billetito por medio del cual ella le citaba en el jardín del Hotel Royal, Kerry corrió presuroso y no tardaron en hallarse frente a frente.

— Tome usted precauciones. Me parece que mi marido me sigue — dijo Gloria y añadió : — Necesitaba verle esta noche... Usted puede salvarme, aunque se expone a un gran peligro.

— ¡Mi vida daría por usted! — exclamó Kerry.

— ¡Quizá moriremos juntos! — murmuró Gloria tristemente.

En aquel momento notaron que detrás de unos arbustos se movían unas sombras y Gloria exclamó :

— ¡Hemos sido descubiertos! ¡Huya usted!

Kerry huyó y detrás de él iban unos hombres gritando :

— ¡A mí! ¡La policía! ¡Al asesino!

Eran los policías del hotel, que le habían reconocido por el que días antes había substraído el bolso a una dama.



...en la pared se proyectaba la pavorosa silueta de un ahorcado...

Aquellos incidentes despertaron en Kerry el instinto de pelea, y más armado que un acorazado, horas después lo habríamos encontrado en casa, dispuesto a todo.

Por el temor de que la policía que le había perseguido o el marido ofendido trataran de entrar en la casa, cosa que quería impedir a todo trance, pues deseaba estar libre para defender a su amada de los peligros que pudieran amenazarle, se había preparado unas barricadas bastante originales, cuando una mano misteriosa pulsó el timbre de la puerta de entrada. El criado, que asistía estupefacto a aquellas maniobras, persuadido de que su amo habría asesinado por lo menos a tres o cuatro personas, exclamó :

— ¡La policía!

— ¡Déjales entrar, que yo dispararé contra ellos!

Pero no era la policía : era sencillamente un continental, portador de una carta cuya letra reconoció en el acto : era de Gloria. La abrió temblorosamente y leyó lo siguiente :

« Querido amigo : Estoy prisionera. Siga al dador, que le acompañará hasta donde yo me encuentro. GLORIA. »

— ¡Y ahora por todos los cielos te digo que nadie impedirá el derramamiento de sangre! — exclamó Kerry después de leer aquellas líneas dirigiéndose a su criado.

— ¡Por Dios, señorito, vaya usted con mucho cuidado! — le advirtió el criado, añadiendo para su fuero interno : — ¡Está excitado como un demonio!

Sólo podría compararse el estado de Kerry a la fiera ordinaria de un león enfurecido. « ¡Todo por el amor de Gloria! » pensaba. Y estas palabras le dieron ánimos para lanzarse a la ventura y desafiar todos los peligros que pudiera reservarle aquella noche.

Ricardo, que permanecía en su cuarto siguiendo el curso de los acontecimientos, le vió marchar.

— ¡Esto va estupendamente! — dijo fro-tándose las manos de gusto y siguiéndole.

IV

Era una noche oscura, misteriosa, etc.; en una palabra, la perfecta noche de novela por entregas.

Un joven marchaba por unas calles bastante intrincadas de los suburbios de la ciudad y dos hombres le seguían a conveniente distancia.

— Tenga usted en cuenta que si mata a alguien, mañana saldrá su retrato en la primera página de los diarios — objetó tímidamente uno de los personajes.

El otro no tuvo tiempo de contestarle porque en aquel mismo momento se había unido a ellos el joven a quien seguían.

— ¿Ve usted aquella casa aislada, en medio de un jardín? Pues allí está la señora que me ha dado la carta.

Kerry, pues no era otro uno de aquellos personajes, dispuso su plan de ataque, que consistía en asaltar la casa mientras el criado quedaba de guardia junto a la puerta para cortar la salida a quien tratase de escapar.

Hemos de reconocer que el amor había desarrollado extraordinariamente el valor de Kerry.

Penetró en la casa misteriosa y allí desafió toda clase de peligros. Primero oyó un ruido de cadenas, como los que dicen que generalmente producen los fantasmas domésticos, capaz de atemorizar a cualquiera, pero él ni se inmutó. Después vio un desfile de sombras misteriosas; en la pared se proyectaba la pavorosa silueta de un ahorcado; abríanse las puertas con estrépito dando paso a seres inmatrimiales que gemían quejumbrosamente, pero el impávido Kerry, el extraordinario Kerry no hacía caso.

En una habitación contigua vio un armario y al abrirlo la escasa claridad que entraba por una ventana alumbró la figura de un hombre que al ver brillar el revólver en la mano de Kerry quedó inmóvil y con los brazos en alto.

— ¡Salga usted, si es cierto que es un hombre! — exclamó Kerry.

— ¡Un momento!... ¡No dispare usted! — respondió el otro obedeciendo. — ¡Soy el marido de Gloria!

— Sí, ¿eh? Pues ella será su viuda antes de un minuto — y diciendo esto empezó a disparar tiros al aire.

En aquel momento, Gloria apareció en la estancia y se arrojó en sus brazos; era la única manera de calmar a aquella fiera.

— ¿Ha matado usted a alguien? — preguntó.

— Disparé, pero sólo murió un florero — respondió Kerry.

Después cogió en brazos, que es la manera clásica con que se rescata a las secuestradas, al objeto de sus amores y la depositó en un auto. Allí ella le dijo:

— Me divorcié hace un año, pero mi marido no dejó de perseguirme.

— Entonces ¿es usted libre para casarse? Me alegro de saberlo, y si este auto no falla, la noticia de nuestra boda va a salir en los periódicos de esta mañana.

Los autores de la broma del secuestro, que habían quedado un tanto maltrechos de la visita de Kerry, les siguieron.

Minutos después, el auto que conducía a los jóvenes a casa del juez marchaba vertiginosamente por la carretera.

Ricardo, que había seguido todos los pasos

que su hermano diera aquella noche, llegó tras ellos en el momento en que Kerry exponía al juez su pretensión de casarse con la joven que le acompañaba.

— Bien — exclamó Ricardo. — Me parece que ya está curado el enemigo de las mujeres.

— ¿Qué quieres decir? — preguntó Kerry extrañado de la súbita presencia de su hermano.

— Pues que todo este lío lo dispuse yo para curarte de tus manías.

Kerry, estupefacto, interrogó con la mirada a unos y a otros. Casi en aquel mismo instante, se presentaron todos los personajes que habían intervenido en la farsa.

— Te presento a la señora Peterson — añadió Ricardo señalando a la que hasta aquel momento había pasado por la madre de Gloria. — Es la profesora de declamación, que hará de Gloria una gran artista.

— Así... ¿Gloria es una actriz?

— ¡Ya lo creo! ¡Y buena!

Kerry vió ante él al marido de Gloria y sin poderse hacer cargo de que ya no era tal marido, trató de agredirle, pero los demás le contuvieron.

— Admito que en esta farsa haya sido yo el único engañado — dijo Kerry; y volviéndose hacia su hermano, le preguntó :

— ¿Me quieres decir con qué objeto has preparado esta broma?

— Con dos objetos : el primero porque el



...Gloria dijo que sí...

médico dijo que estabas al borde de una enfermedad nerviosa y recomendó emociones fuertes, y después porque al mismo tiempo quise demostrarte que el amor de una mujer nos hace cambiar el carácter.

Kerry quedó un momento pensativo, y después dijo mirando a Gloria tiernamente :

— ¿Pero ha de acabar aquí la farsa? ¿No podemos continuarla usted y yo hasta el fin?

Ella bajó la cabeza y objetó :

— Es un papel que todavía no he representado...

— ¡Eso no importa! — exclamó Kerry. — Todas las mujeres saben hacer a las mil maravillas el papel de esposa... sin ensayo previo.

Gloria dijo que sí... que estaba bien... que por su parte no había inconveniente...

FIN

EL AMOR EN VERSO

POESIAS PARA POSTALES

para ellas, para ellos y para todos

Discreteos, declaraciones, con-
firmaciones, esperanzas, reali-
dades, pesadumbres, alegrías
:: :: rencores y celos :: ::

Felicitaciones de Santo, cum-
:: :: pleaños y año nuevo :: ::

por

DIEGO DE MARCILLA



Es un elegante tomo de noventa y seis
páginas en rico papel

CUBIERTAS ARTÍSTICAS EN TRICOLOR

Cada tomo: UNA peseta

ÁLBUM FILM

Se ha puesto a la venta este
elegante tomo que contiene

**200 retratos de artistas
— y 200 biografías —**

Resulta un libro de gran
interés para los aficionados
al cinematógrafo

Preciosas cubiertas en tricromía

PRECIO : 3 PTAS.

ALBUM FILM

Se ha puesto a la venta este
elegante tomo que contiene

200 retratos de artistas
— y 200 biografías —

Resulta un libro de gran
interés para los aficionados
al cinematógrafo

Preciosas cubiertas en tricolor

PRECIO: 3 PTAS.

BATURRADAS

Hermosa colección de
cuentos, chistes, ocurrencias,
cantos, etc., etc.

POR

Juan del Ebro

SE HAN PUBLICADO LOS TOMOS SIGUIENTES

1. CHISTES BATURROS
2. CARTICAS BATURRAS
3. UN BATURRO ENAMORADO
4. LAS BODAS DEL MAÑO
5. OCURRENCIAS BATURRAS
6. GRESCA BATURRA

Bonita cubierta en tricromía

Precio : 15 céntimos